

YA CASI NO ME ACUERDO

clara morales

*«You remember too much,
my mother said to me recently.*

*Why hold onto all that? And I said,
Where can I put it down?».*

ANNE CARSON, *The Glass Essay*

«Sufre en silencio, pero véngate».

Inscripción en una celda de la cárcel de Carabanchel

Nísperos dulces en invierno

Me contaba cosas de las que yo desconfiaba. Cosas como que, junto a su escuela, en el pueblo, crecía un níspero inmenso, siempre cargado de frutos, en abril y mayo grandes como puños, en enero pequeños y apretados, dulcísimos incluso en pleno invierno, y que ella acababa, por un motivo u otro, siempre castigada en el balcón de la clase porque no se aprendía la tabla del cuatro o porque no acertaba a recordar que tras Leovigildo venía Recaredo, o porque algún demonio le había hecho creer a la maestra que era ella la que había arrojado el puñado de chinos contra la pizarra. Y que aquella terraza sucia se había convertido en su lugar favorito del mundo porque, aunque se le congelara el borde de los calcetines de hilo en los días fríos o se le calentara la cabeza como una estufa de picón en los días cálidos, allí estaba el níspero, siempre frondoso y siempre al alcance de la mano, ofreciéndole las piezas naranjas como a una reina,

inclinándose solícito ante ella para que eligiera las frutas más tiernas, para que descartara las ya picoteadas por los pájaros. Y que una vez, un día gris de lluvia en el que alguien, nunca ella, había llenado de barro el tintero de la profesora, pasó tanto tiempo en el balcón y comió tantos nísperos que le subió la fiebre y comenzó a sudar algo parecido a la melaza, y tuvieron que hacer venir al médico para que le administrara un medicamento de sabor horrible, y que lo que vomitó no fue una masa de bilis y fibra, sino una mermelada salpicada aquí y allí de tiernas hojas verdes, de florecillas blancas.

Me contaba, por ejemplo, que cuando acababa de cumplir siete años los niños de un caserío vecino llegaron a la iglesia muy agitados: estaban en el prado con las cabras y allí, en un árbol, un alcornoque partido por el rayo, se les había aparecido la Virgen, tan guapa como la señora aquella que se murió pero mucho más pequeña, como una muñeca, y la Virgen les había dicho muchas cosas, todas bellísimas, que habían olvidado nada más escuchar. Al día siguiente, se echó al monte con dos amigas apenas mayores que ella, y anduvieron y anduvieron hasta que encontraron lo que les pareció un alcornoque partido por el rayo, y allí se hincaron de rodillas y rezaron con las manos muy juntas, no para que el padre de una reviviera ni para que les tocaran por una vez naranjas de postre, sino para poder decir que se les había aparecido la Virgen, y ver cómo era de guapa, y escuchar aunque fuera un instante aquellas palabras hermosas que llegaban de más allá del valle y de la sierra, de aquel reino celestial donde debían de vivir las vírgenes y los

cristos y los santos. Pero por allí no apareció nadie, y se hizo de noche, y lo único que oían era el ulular de las lechuzas y el rumor del viento entre los árboles, y lo único que veían era el perfil del alcornoque, cada vez más retorcido entre las sombras. Se tumbaron muy juntas, como los corderos en el establo, para esperar a que llegara el día y, justo antes de caer rendidas, con los ojos ya entrecerrados, una de ellas señaló al tronco: Allí, dijo, la luz. Y todas vieron un destello, como un trozo de oro alumbrado flotando sobre la madera, un charco de luz que se extendía por el aire y que les hablaba en un idioma extraño que también ellas olvidaron de inmediato. Al amanecer, en lugar del alcornoque muerto había un pequeño plantón de un verde brillante, pero cuando arrastraron hasta allí a sus padres, ojerosos por la noche de batida en el campo, iracundos por la desaparición, ninguno quiso creerlas.

Al pasar junto a la poza del tío Alfonso me contaba, orgullosa, cómo aquel al que todos llamaban «tío» y que era en realidad su abuelo había llegado al pueblo cuando este era un baldío, cuando el agua corría por el riachuelo sin que nadie hiciera nada para pararla, sin que aquella torrentera pudiera transformarse en tomates de la huerta, en alfalfa para los caballos, y me contaba cómo Alfonso se había puesto a cavar allí mismo, con sus manos y la zacha que llevaba al hombro, y cómo había castigado la tierra durante cinco días con sus cinco noches, y cómo al sexto no se echó a descansar, sino que tomó las pizarras y los cascotes de tierra que había ido amontonando aquí y allá y construyó una presa, descamisado y limpio por el agua de la sierra,

las manos enrojecidas de frío, la zacha ya mellada, y cómo se corrió la voz y la gente del pueblo bajó a ver el prodigio, y cómo así, de un día para otro, el llano pelado se pobló de verde y de animales paciendo y de gente afanosa, y cómo Alfonso se convirtió entonces en el tío de todos, y cómo se hizo rico con los tomates del huerto y también con otras cosas menos sencillas, y cómo todas las casas de la calle, me decía señalando los muros encalados, tenían sus iniciales, AF, marcadas al lado del año de construcción, y cómo todo el mundo llamaba a aquella poza la del tío Alfonso, aunque nadie se acordara ya de su cara.

También me habló otro día, para calmarme el llanto, de cuando descubrió que tenía poderes. Al volver de la escuela, el mismísimo tío Alfonso, que era en realidad su abuelo, había querido contarle la historia del baldío y la poza y la calle, pero ella tenía hambre o sueño y le respondió lo que nunca se debe responder a los que cuentan, pero que ella respondía a menudo: Que esa ya me la sé, que me la has contado mil veces. Él no hizo lo que solía, no le dijo Pues ahora te la voy a contar la mil y una, ni siguió con la historia, persiguiéndola por la casa mientras ella comía o doblaba la ropa, sino que desapareció por la puerta y volvió a aparecer con un cinturón en la mano y, aunque le daba con todas sus fuerzas y ella notaba el chasquido del cuero en la espalda o incluso el frío de la hebilla, no sentía dolor alguno, ni el escozor como de alcohol puro, ni el relámpago de hielo que se le clavaba en la carne, ni la piel abierta como un fruto maduro. Y allí estuvo, mirando a las baldosas en damero, hasta que él se cansó y se fue a dormir. Desde entonces no

le dolía nada, me decía secándome las lágrimas, aunque a veces había que fingir que sí para que las cosas no se alargaran demasiado.

Mi historia favorita era la de los papelillos, la de la boda de sus padres, que se había celebrado en la ermita, arriba en la sierra: una ceremonia a la que acudieron familias de todos los caseríos del valle, un peregrinar de carromatos y remolques tan colorido como una romería, y a la que también asistieron los militares del cuartel cercano, engalanados con sus medallas relucientes sobre el verde impoluto, como jaras en flor, atravesando el pueblo en coches de un negro brillante, máquinas que los viejos miraban con recelo y que los niños perseguían a la carrera, tragando humo y polvo, gritando como locos y empujándose cuando uno de aquellos hombres se asomaba por la ventanilla para estrechar sus manitas tiznadas. Tu abuelo era piloto de aviación y en el pueblo le llamaban Clark Gable, así, Ga-ble, me repetía, orgullosa, antes de enseñarme una foto de él, un señor de bigotillo fino, sonrisa tímida y ojos mansos, un señor, me decía, incapaz de matar a una mosca, de levantar la mano, el padre que volaba sobre los campos yermos y los pueblos blanquísimos y la sangre y la miseria de los hombres. Aquel día, la gente desayunó con el estruendo de tres aeroplanos como pájaros negros. Era una sorpresa: los oficiales debían sobrevolar la ermita y, en el momento exacto en que tañeran las campanas, cuando los novios salieran por la puerta bajo una lluvia de arroz, tenían que abrir los enormes vientres de sus aviones y dejar caer sobre la iglesia un manto de papelillos rojigualdos, una nube que tiñera el blanco de la novia

y tocara el cabello de los invitados y coronara las copas de las encinas, un resplandor que se percibiera en todo el valle y que dejara su marca en el monte, pétalos raros, pequeños insectos tropicales, durante años. Pero la mañana se levantó gris y densa, con un rocío que había empapado el heno y mojado el picón de las carboneras, y la bruma corría por el valle como un ejército fantasmal cubriendo hasta el tejado de la iglesia, y cuando los pilotos oyeron repicar las campanas no veían a sus pies más que una niebla algodonosa. Incapaces de saber si sobrevolaban ya el objetivo, y temiendo la ira de sus superiores, se encomendaron a Nuestra Señora de Chandavila y abrieron los vientres de los aviones y soltaron su carga, pero los cielos no estarían escuchando, porque los cientos de miles de papelillos no cayeron sobre la ermita, arriba, sino sobre el pueblo, abajo, que recibió la lluvia de colores como quien ve llegar al circo. Los niños se revolcaban por el suelo y jugaban a tirarse bolas de papel mojado, los adultos encendieron hogueras en la calle a las que arrojaban el confeti rojigualdo de tanto en tanto, que prendía con un chisporroteo, alguien sacó un acordeón y alguien un queso, y allí fue la verbena mientras arriba los oficiales escudriñaban el cielo, desconcertados. Cuando la gente escuchó el bramido de los coches bajar por la pista, todo el mundo corrió a casa y atrancó la puerta, y en la calle quedaron solo rescoldos, un barro de pasta de papel, briznas amarillas y rojas que revoloteaban aquí y allá como mariposas moribundas. Y esto lo sé yo, me decía al calor del brasero o en primavera por alguna vereda junto al río, y lo sabes tú y no lo sabe nadie más, así que no lo andes repitiendo.

Hubo una historia que me contó solo una vez. Tenía una amiga, una niña que solía andar sola por el pueblo, vestida siempre como las más pequeñas aunque les sacara tres cabezas y pareciera un gigante desgarrado en medio de los corros, sus zancadas siempre más largas pese a la torpeza, su risa sonora flotando por encima de las otras. Un día, me dijo ella, un día en el que la habían vestido de gala porque un fotógrafo iba a ir a tomarles un retrato a la escuela, para lo que le habían puesto un vestido reluciente que no tardó en mancharse, un día, de camino al colegio, se encontró con la amiga, que vagaba sin rumbo como de costumbre, y en parte porque ya sabía que la profesora la haría ponerse en la última fila para ocultar el lamparón, me dijo, y en parte porque en casa le esperaba una buena zurra, y en parte porque el cielo estaba despejado y había en el campo una agitación de primavera, decidió hacer rabona y quedarse con ella. Se alejaron primero de las casas, hacia el río, para no encontrarse con su madre, y por el camino vieron unos terneros albos, tan tiernos que trastabillaban todavía entre la hierba, topando contra la enorme barriga de las vacas, y vieron también ovejas recién nacidas, limpias como no volverían a estarlo nunca, con un balido endeble todavía, como el de un bebé enfermo. La amiga señalaba los animales y los llamaba con su media lengua y se empeñaba en saltar la cerca para ir a cogerlos como se empeñaba en meter los zapatos en los charcos, delicadamente, solo para observar sus pies sumergidos en el agua sucia, y ella tiraba de su mano, la agarraba por la rebeca clara, Vamos, vamos, cada vez más exasperada. Así, a trompicones, llegaron al puente, una construcción

de piedra basta de la que hoy apenas queda rastro junto a la carretera nacional. El cauce estaba alto y bajaba con la fuerza de todos los riachuelos, de todas las fuentes que se habían despertado en la montaña, y se asomaron al pretil para observar esa serpiente líquida que pasaba bajo sus pies arrastrando madera muerta, cañas, moldeando a empellones las orillas, reordenando las piedras del fondo con un rumor grave, las dos niñas con la boca abierta brillante de saliva ante toda esa violencia centelleante que no podía ser sino la acción del dios que las castigaría si decían mentiras o masticaban la hostia consagrada, las manos sobre la piedra roja, el sol calentando sus nuca. Entonces, ella se encaró ágilmente al pretil y, tras limpiarse las manos en el vestido, se las tendió a la amiga: Venga, sube. La amiga medía la distancia que las separaba de la corriente, la miraba a ella, negaba con la cabeza. Sube, dijo ella con una voz nueva, o le cuento a tu madre que te has subido. La amiga tomó sus manos y subió temblando toda como un gorrión mojado, susurrando oraciones para sí. Y ahora vamos, que hay que atravesarlo, ordenó ella mientras caminaba marcialmente hacia el punto más alto del arco del puente. La amiga la seguía a pasitos cortos, ella escuchaba tras de sí el crujir de sus pies sobre la piedra hasta que oyó un cambio de ritmo, un trastabille, y la amiga, de repente, ya no estaba. Pero a la niña no le pasó nada, me dijo encendiéndose un cigarro, porque vino un viento de la montaña tan fuerte tan fuerte que le infló las faldas como un globo y la levantó por los aires y la puso de nuevo en el pretil, sin un rasguño. Y luego: Así que ya sabes, tú al pretil no te subas así te lo diga

un cura, así te lo diga una monja o así te lo diga tu madre, ¿estamos?

Los albañiles han preparado cuidadosamente el mortero en una palangana de plástico negro, han colocado uno a uno los ladrillos, despacio, mostrando su trabajo a los presentes, y han sellado el nicho con el mármol grabado, y aquí, junto a la escuela y bajo un sol de invierno, el níspero me ofrece unos frutos minúsculos y verdes que sé que estarán dulces, dulcísimos, más dulces que ningunos.